

El teatro político en Francia

«LE DICTATEUR», POR JULES ROMAINS

MUY poco «Le Dictateur» no cae del todo en el caso de «Cromedeyre le Vieil», representado ante una pequeña sala, mejor juzgado y apreciado ahora mediante su lectura. Es probable que, a pesar de los esfuerzos de los que denigran y los desagradables artículos de toda la vieja literatura, esta pieza logrará gran éxito con Jouvet, en la *Comédie des Champs-Élysées*. Pero su calidad literaria, el visible cuidado con que el autor ha redactado la indicación escénica, por el hecho de que aparezca en librería casi al mismo tiempo que se la representa, su importancia intelectual, en fin, la ubican más en la literatura que en los espectáculos dramáticos.

Lo esencial en «Le Dictateur» es el conflicto entre las ideas preconcebidas, el sistema político exclusivamente crítico elaborado en la oposición, que no tiene en cuenta el orden existente, y la práctica del poder, el contacto con la dificultad de las cosas.

Denis, el héroe de la pieza, en el momento en que acaba de derribar el ministerio precedente, no ha tenido jamás la práctica, pero posee el presentimiento de las realidades. No es de ninguna manera un retrato, pero podría encontrarse en los socialistas franceses esta laya de espíritu: Briand, Millerand, eran así antes de cambiar de partido; Jaurés permaneció así toda la vida. Este género de espíritu puede nacer, en los jefes revolucionarios, sea de la práctica de los asuntos particulares, sea de una imaginación bien armonizada con lo real. Implica

una particular especie de ambición—la misma de que se halla agitado Denis—que no es en nada la de un monarca satisfecho de dominar, esta ambición desaparecida que alguien en la obra representa de esta manera al rey: «Se ve en un despacho de este género, pero más grande que éste, más vertiginoso: algo provisto de tapices por lo bajo, y en lo alto una cúpula de nubes. Cierta número de hombres, más pequeños que él, muy mal vestidos, se mantienen en círculo, a distancia y en guardia suya». La ambición de Denis es más bien la de un ingeniero activo, apasionado por su profesión, que por sobre todo se complace en tentar experiencias, vencer dificultades, estar abrumado de trabajo y cargarse de enormes responsabilidades. Como tal hombre no ansía ninguna ventaja para sí mismo, como desprecia fácilmente el placer de la dominación orgullosa y totalmente oriental, se cree puro en cuanto a la ambición, y acusa de pereza y de timidez a los que no se lanzan con él en esta experiencia. Y el Rey sabe conquistar admirablemente a su revolucionario cuando le dice: «No os propongo ventaja personal alguna... Hay solamente *una cosa que debéis hacer...*» Tan pronto como esté en el poder, este hombre pensará que esta cosa que debe hacer exige su entera consagración, pero exige también que detente todo el poder posible, y sigue creyéndose limpio de ambición, puesto que toma la dictadura, no para sí mismo, sino por su objeto y tampoco considera su objeto una cosa personal; se llama el bien público. Su embriaguez de poder es también considerada por él como una virtud.

Frente a su tipo, Jules Romains ha colocado el del doctrinario intransigente. Francia ha conocido muchos de ellos: Julio Guesde, por ejemplo. La nobleza de este tipo de hombres consiste en sufrir por la colectividad, y en prohibirse, cualesquiera que sean los pretextos, toda ventaja personal. Su doctrina, llena de lógica, no les permite considerar los hechos sino bajo cierta luz. Espíritus críticos, continuamente conmovidos, son, ellos también, hombres de acción, pero de acción negativa. El Féréol de Romains no quiere hacer «una» revolución, sino «la» revolución, y más allá de esta revolución, no divisa nada

preciso. No quiere nada en el poder. ¿Incapacidad o desagrado? El problema no se plantea. Incapacidad y desagrado son una sola y misma cosa, derivan inevitablemente de la misma naturaleza de espíritu. La tarea que se propone tal hombre es destruir sin tomar nada para sí, de vigilar a los otros, aun a los de su partido si triunfa, siempre con un espíritu crítico, considerándose siempre superior, secretamente. Superior por la austeridad de sus costumbres, por su abnegación personal, un Féréol no se propone, sin embargo, sino una fácil tarea. No sólo no llegará a la acción, sino que aun lo esencial de su pensamiento le es dictado siempre por su doctrina.

Tal vez tema las tentaciones del poder, como Féréol lo explica a Denis; tal vez tenga su ambición propia, y mucho más avicinada al sueño oriental que la de un Denis: poderoso como una tempestad, obligadamente más temido de sus enemigos que un hombre como Denis, que siempre comprende una situación y la subordina a las necesidades, adorado por los revoltosos irreductibles, que él representa, goza hasta el límite de su grandeza huraña, tanto más embriagadora para él cuanto no la debe ni a un grado, ni a un puesto, ni a nada exterior. En nombre de sus principios y de su ideal, tal hombre se permitirá, mucho más fácilmente que un Denis, olvidar a sus amigos y obrar hipócritamente.

El desacuerdo entre ellos no podía ser sino un matiz en tanto tenían los mismos enemigos. En cuanto las posibilidades efectivas se ofrecen a ellos, se colocan en oposición y se combaten. De buena fe ofrece Denis una parte del poder a Féréol, de buena fe declara también que en tres años él puede cambiar la sociedad de una manera que equivalga a una revolución. Pero ciertamente Féréol es lógico consigo mismo y con su doctrina rehusando toda ayuda a su amigo, combatiéndolo en toda la línea, y aun impidiendo todo resultado favorable a su ideal siempre que haya de ser obtenido por un método reprobable.

Romains presenta estos dos tipos de hombre y de político sin querer decidir entre ellos; sin decidir tampoco entre ellos y

el Rey, que aparece como el personaje más simpático, más liberal, más inteligentemente subyugado por las realidades. Y es él mismo quien sirve de primer intermediario entre Denis y las realidades. Con una delicadeza que jamás había tenido hasta tal grado, Jules Romains ha señalado en el personaje de la Reina el delicado prestigio, aun sin promesas, sin zalamerías, sin espíritu de logrería, que puede ejercer sobre un hombre popular una casta refinada.

Lo que ciertamente ha contribuido a la crítica de determinada prensa, es que los efectos del drama exterior no aparecen por parte alguna en la pieza: no se halla en ella sino un drama interior y conversaciones a propósito del drama exterior. Pero esto contribuye aún al alto valor intelectual de la obra, y la coloca más arriba entre los valores literarios que entre los valores dramáticos.

✓ JEAN PREVOST.